

LA FRAGUA

en la vida cotidiana

PATRIS MEI
"ESTAR
EN LAS COSAS
DEL PADRE"

9

Tiempo Ordinario V

Patris Mei

OBJETIVO GENERAL

EL CARÁCTER DE LA ETAPA

La experiencia del fuego, en la simbología de la fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, y también a la acción del Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, ablanda, ilumina. El Fundador se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero. Los “hombres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego, como Moisés.

Este núcleo expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata de estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre” (Lc2,49).

- 1** La búsqueda de Dios
(*Adviento*)
- 2** El amor de Dios se ha hecho carne
(*Navidad*)
- 3** El Dios del Reino
(*Tiempo Ordinario I*)
- 4** La paternidad de Dios y nuestra filiación
(*Cuaresma*)
- 5** El Dios de la vida
(*Pascua*)
- 6** La palabra de Dios como fuente de vida
(*Tiempo Ordinario II*)
- 7** Creo en ti, Señor
(*Tiempo Ordinario III*)
- 8** La oración como encuentro con Dios
(*Tiempo Ordinario IV*)
- 9** La experiencia claretiana de Dios
(*Tiempo Ordinario V*)

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero siguiendo la metodología de la Fragua.

OBJETIVOS DE LA ETAPA “PATRIS MEI”

- Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.
- Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.
- Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.
- Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de la oración.
- Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

QUID PRODEST - 2011

PATRIS MEI - 2012

CARITAS CHRISTI - 2013

SPIRITUS DOMINI – 2014

1. Introducción

El mes de noviembre coincide con las últimas semanas del año litúrgico y con el final de la etapa *Patris Mei*. El cuaderno 9 abarca un período marcado por dos solemnidades: **Todos los Santos** y **Jesucristo, Rey del Universo**. Ambas acentúan el carácter de ultimidad y de universalidad de la fe cristiana. El horizonte de todo creyente es ser santo. En Jesucristo se realiza plenamente el Reinado de Dios.

Es probable que, después de once meses de camino, te encuentres revigorizado, pero tal vez también algo cansado. Por eso, este cuaderno no te propone un tema nuevo sino, más bien, una **recapitulación del camino recorrido desde la experiencia de san Antonio María Claret**. Recuerda que éste ha sido el “año del fuego”, de la experiencia del amor de Dios que puede reencender nuestra vida misionera. Puedes empezar haciendo un sencillo ejercicio que lleva el mismo título del que hiciste al comienzo de la etapa.

Ejercicio 1: Los objetivos de la etapa *Patris Mei*

1. Puedes comenzar releendo el ejercicio 1 del cuaderno 1, que trataba sobre los objetivos previstos para la etapa *Patris Mei*.
2. ¿Crees que estos objetivos te han acompañado a lo largo de la etapa? ¿Cuál de ellos te parece que ha sido el más significativo para ti? ¿Por qué?
3. ¿Con qué tres palabras expresarías tu experiencia personal a lo largo de la etapa *Patris Mei*?

Estás a punto de atravesar el “ecuador” de La Fragua. Cuando acabes esta etapa se habrán cumplido ya dos años desde el comienzo del proyecto. Quedan por delante otros dos años más. Quizá es útil recordar por qué empezamos el camino. La Fragua quiere ser un intento de respuesta al *problema de identidad* detectado por el XXIV Capítulo General. Cuando los miembros de un instituto religioso no saben bien *quiénes* son o *por qué y para qué* existen en la Iglesia, difícilmente pueden desarrollar su misión en el mundo con alegría e invitar a otros a abrazarla.

¿Crees que, al cabo de dos años, se ha reforzado en ti el sentido de identidad claretiana y tu pertenencia a la Congregación? ¿Percibes en los miembros de tu comunidad y Organismo una conciencia más clara de quiénes somos y un compromiso por seguir creciendo?

Durante el mes de noviembre, la liturgia nos invita a fijar nuestra atención en las realidades últimas. El recuerdo de nuestros hermanos que nos han precedido en el camino de la fe nos acompaña. Las promesas de Dios fortalecen nuestra esperanza y nos ayudan a dar un sentido más profundo a lo que hacemos cada día. Por paradójico que resulte, parece que una de las causas por las cuales vivimos hoy un creciente desinterés con respecto a la transformación de este mundo es precisamente el hecho de que la fe en la vida futura se ha evaporado en un número significativo de creyentes. La Palabra de Dios actúa en este caso como un potente despertador. La “pasión por la vida” mantiene unidas las dos orillas de la existencia cristiana: el *más allá* y el *más acá*. Por ambas fluye el río de la experiencia de Dios, que quiere que todos sus hijos sean salvados (en el más pleno sentido de la palabra) y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2,3).





2. Reflexión

¿Qué significa “estar en las cosas del Padre”?

Dentro del itinerario de la Fragua, el núcleo *Patris Mei* simboliza la experiencia de la barra de hierro que es introducida en el fuego. En el itinerario espiritual, San Antonio María Claret alude a su experiencia del fuego del amor de Dios, la única que puede calentar el hierro frío y disponerlo para recibir la forma de Jesucristo. Entre los textos bíblicos que más influyeron en la vida de Claret, hay uno que puede sintetizar su relación con Dios Padre: “El les contentó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tengo que estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). Este texto figura en una de las listas de textos bíblicos escrita por Claret (cf. *EA*, p. 418, 419) y también en las Constituciones (nn. 3 y 20).

Antes de profundizar en su significado para Claret, es preciso encuadrar el texto en el evangelio de Lucas (cf. **anexo I: *Estar en las cosas del Padre***). Al fin y al cabo, lo que Claret experimenta tiene su origen en la experiencia de Jesús. También él vive y propone el *Patris Mei* como fundamento de la nueva vida del Reino.

A lo largo del año hemos hecho referencia a este pasaje en varias ocasiones, sobre todo en los cuadernos 2 y 8. Es normal que sea así: se trata del texto que fundamenta la etapa *Patris Mei*. Volveremos sobre él al cerrar esta etapa.

El texto, que aparece sólo en el evangelio de Lucas, nos refiere el único “dicho” de Jesús en los evangelios de la infancia: “¿Por qué me buscabais...?”. Es claramente un “dicho de revelación”: se trata de presentar de forma embrionaria la identidad y la misión de Jesús. Por tanto, un “dicho” claramente cristológico y perfectamente contextualizado en el “evangelio de infancia”, que, como es sabido, ofrece contenidos precisos que prologan el evangelio que posteriormente será desarrollado. Así, la pregunta: “¿No sabíais...?” apunta al misterio de Jesús e invita a sus padres terrenos a recordar y aceptar la plenitud de las palabras de la Anunciación en las que Jesús es claramente identificado como “Hijo de Dios”... porque son difíciles de entender (cf. Lc 2, 50).

Por otra parte, la expresión “debo ocuparme”, que es mejor traducir por “es preciso que yo me ocupe”, constituye una expresión técnica en Lucas (en griego: “*dêi*”; en latín: “*oportet me*”: cf. Lc 9,22; 24,26; Hch 17,3) para nombrar el “designio” ineludible del Padre aceptado por el Hijo (obediencia filial). Jesús aparece en el templo (“la casa de Yahvé”) interesado por la justa interpretación de la ley (la vivencia fiel a la Alianza, la aceptación plena de la voluntad de Dios).

Por tanto, según el tercer evangelista, la pri-

mera palabra pronunciada por Jesús –situada en el momento decisivo del paso de la niñez a la edad madura– muestra la radicalidad de su obediencia filial. En términos más académicos, la carta a los Hebreos dirá: “Entrando en el mundo dice: he aquí que vengo...para hacer, oh Dios, tu voluntad” (*Heb* 10,5-7). Con esta expresión en labios de Jesús adolescente, Lucas evita que la narración del Bautismo (heredada de Marcos) pueda ser interpretada en términos de “adopción” (“divinización”), presentándola como “manifestación” pública de lo que desde el principio Jesús es: “Hijo de Dios”.

Jesús, que más tarde orará a Dios llamándole Abbá/Padre (cf. *Lc* 22,42), tiene, en el momento del “paso” hacia la edad adulta, conciencia clara de las palabras de la Anunciación: “Será grande y se le llamará Hijo del Altísimo... el Espíritu vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (*Lc* 1,32.35).

Es importante caer en la cuenta del juego de palabras “tu padre/mi Padre”, curiosa contraposición que anticipa la que posteriormente Jesús establecerá entre familia carnal y familia de fe: “Mi

madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (*Lc* 8,21). El Padre “saca” a Jesús de su familia natural y le pide fidelidad radical al proyecto de “reunir” la gran familia de la fe.

Como los antiguos profetas –Lucas es el evangelista que tiene especial predilección por este título –*profeta*– para Jesús (cf. 7,16; 24,19)– Jesús romperá con su familia, con su estabilidad sociológica, laboral... para dedicarse exclusivamente a las “cosas de Yahvé”, buscando continuamente su voluntad (cf. *Lc* 11,45; 20,1 ss) para, después, invitar a todos a responder a los deseos del buen Padre Dios que sueña con un “Pueblo Nuevo”: la gran familia de la fe.

Claret ha leído y asimilado el Evangelio según el carisma recibido. No posee una forma nueva, original, de leer la Palabra, pero sí una clave de interpretación bien definida. Su lectura es vocacional (cf. *Aut* 114,120). De ella nace un claro conocimiento (cf. *Aut* 101) de la voluntad de Dios. En ella descubre con claridad su itinerario vocacional (cf. *Aut* 115).

Ejercicio 2: La voluntad del Padre

Seguramente habrás meditado en varias ocasiones y en diversos contextos el pasaje de Lc 2,49. Ahora puede servirte para recapitular la experiencia vivida a lo largo de este año litúrgico que está a punto de concluir.

1. Comienza leyendo el anexo 1: “Estar en las cosas del Padre”; te ayudará a comprender y saborear el pasaje que tanto marcó la trayectoria espiritual de Claret.

2. Después, puedes responder por escrito en tu Cuaderno Fragua a estas preguntas:

- ¿Qué significa para mí, concretamente, “estar en las cosas del Padre”?
- ¿Observo una coincidencia básica entre los valores que fundamentan mi vida claretiana y los intereses que me mueven a diario en mi actuación? ¿Existe, por el contrario, distancia o discordancia? ¿A qué puede deberse?



¿Cómo vive Claret su relación con Dios Padre?

Partiendo de la Palabra, Dios Padre es, para Claret, el Dios que lo protege y acompaña; es Aquel a quien debe servir y cuya voluntad sobre él es siempre el criterio último de referencia. Se siente llamado en diversos momentos y situaciones a trabajar por su gloria. Concebirá su ministerio como un esfuerzo para que Dios sea conocido por todos y para que los pecadores que se han alejado de la casa del Padre se conviertan y se salven. Tiene especial valor la afirmación de la paternidad de Dios en momentos de persecución, atentados o cuando se siente limitado en sus posibilidades de hacer llegar a muchos su palabra misionera.

Esta experiencia fundamental de Claret subraya algunas dimensiones de Dios:

La providencia de Dios

Ya desde pequeño se destaca en él la confianza en la providencia de Dios, su “buen Padre” (*Aut* 21). En el trasfondo parecen aflorar vivencias muy positivas de relación con su abuelo (cf. *Aut* 19) y, sobre todo, con su padre carnal (cf. *Aut* 25, 78). Reconoce las cualidades que Dios le ha dado para la fabricación, que tanto le sirvieron luego en su tarea apostólica: “Dios me había dado tanta inteligencia en esto [la fabricación], que no tenía más que analizar la muestra cualquiera, que al instan-

te trazaba el telar con todo su aparato, que daba el mismísimo resultado, y aun, si el dueño quería, se hacían mejores” (*Aut* 58). Es consciente de que se trata de un don: “Se extendió por Barcelona la fama de la habilidad que el Señor me había dado en la fabricación” (*Aut* 63).

En las decepciones vividas en Barcelona verá medios providenciales de los que Dios se valió para arrancarlo del mundo: “Todos estos golpes me daba Dios para despertarme y hacerme salir de los peligros del mundo” (*Aut* 73); “¡Oh Dios mío! ¡Cuán bueno y admirable habéis sido para mí!... ¡De qué medios tan extraños os valisteis para arrancarme del mundo!” (*Aut* 76).

En su difícil etapa de Madrid, reconoce también como una gracia de Dios el disgusto que siente por las cosas de palacio: “Sólo explico el enigma diciendo que esa repugnancia que siento es una gracia que Dios me dispensa para que no ponga la afición a las grandezas, honores y riquezas del mundo, pues que conozco claramente que el sentir continuamente esta repugnancia a las cosas de la Corte y este deseo perenne de escaparme, me preserva de la envidia y de poner el corazón a las cosas que en el mundo se aprecian” (*Aut* 622). En definitiva, la dependencia permanente del amor de Dios será una constante a lo largo de toda su vida (cf. *EA*, p. 602).

“Trabaja para que Dios sea conocido por todos, para que le amen y le sirvan: “El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos”.

Cumplir la voluntad de Dios

Es una vivencia semejante a la de la Providencia. En Claret parece tener, sin embargo, un sentido más activo. Se refiere a su disposición a hacer o sufrir lo que Dios quiera para salvar almas. Es este un punto central de su vida misionera. Así, en Barcelona, se ve impulsado a optar por la voluntad de Dios (formarse para ser eclesiástico) en vez de acatar la de su padre terreno (que sea fabricante): “Cabalmente, yo nunca me había opuesto a los designios de mi padre. Ésta fue la primera vez que yo no hice su voluntad, y fue porque la voluntad de Dios quería de mí otra cosa, me quería eclesiástico y no fabricante, aunque yo en este tiempo no lo conocía, no pensaba en ello” (Aut 64).

Esta voluntad de Dios la descubre, sobre todo, por medio de la Palabra divina: “Lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a que siempre he sido muy aficionado. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía” (Aut 113-114).

Otras mediaciones importantes de la voluntad de Dios son el Prelado: “No pocas veces, los Prelados de otras diócesis pedían a mi Prelado para que fuese a misionar en sus diócesis, y éste condescendía y yo iba, porque tenía por máxima inalterable de no ir jamás a predicar a ninguna parroquia ni diócesis sin la orden expresa de mi Prelado” (Aut 194); otros sacerdotes: “Es digno de ser notado cómo Dios se ha valido de tres padres del Oratorio de San Felipe Neri para aconsejarme y dirigirme en los momentos más críticos de mi carrera espiritual” (Aut 85); “Al mismo tiempo reuní a los Señores D. Jaime Soler, D. Jaime Passarell, D. Pedro Bach y D.

Esteban Sala, sacerdotes todos muy sabios y virtuosos y de toda mi confianza, y les supliqué que me encomendasen a Dios y que esperaba de su bondad que el último día del retiro que iba a emprender me dirían lo que debería hacer: o aceptar, como me mandaba el Señor Obispo, o resistirme completamente” (Aut 496); y los acontecimientos (cf. Aut 76).

La voluntad de Dios supone, en ocasiones, aceptar cosas difíciles: “En todos los sucesos desagradables, dolorosos y humillantes, siempre pienso que vienen así de Dios ordenados para mayor bien mío, y así procuro, al momento que lo advierto, dirigirme a Dios en silencio y con resignación a su santísima voluntad, porque me acuerdo que el Señor ha dicho que ni un pelo de la cabeza caerá sin voluntad del Padre celestial, que tanto me ama” (Aut 420). La experiencia de Madrid fue para él como su Purgatorio: “Algunas veces he dicho que Dios me ha mandado a este destino para que sea mi purgatorio, en que purgue y pague los pecados de mi vida pasada. Otras veces he dicho que en todos los años de mi vida pasada no he padecido tanto como desde que estoy en la Corte. Siempre estoy suspirando para salir. Soy como un pájaro enjaulado, que va siguiendo las varitas para ver si puede escapar; así, yo voy discurriendo para ver si puedo salir” (Aut 621).

No sólo los acontecimientos de relieve, sino todas las acciones del día las realiza por Dios, para cumplir su voluntad: “Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y servirlos mejor. Antes de estudiar diré: Señor, estudio para más conocerlos, amarlos y servirlos y para ayudar a mis prójimos.

Antes de acostarme diré: Señor, lo hago para reparar las fuerzas gastadas y servirlos mejor. Lo hago porque Vos, Señor y Padre mío, lo habéis ordenado así” (Aut 744). Hacia el final de sus días siente que con su actuación en el Vaticano I “se han cumplido los designios que el Señor tenía sobre mí” (EA, p. 452). Él, simplemente, entrega su vida a la santa voluntad de Dios (cf. EA, pp. 627. 687).

Trabajar para su gloria y la salvación de las almas

Este es el objetivo de toda su misión. Lo repite constantemente. Él intenta ordenar todo para su gloria y la salvación de los hombres, como queda expresado en la llamada “oración apostólica”: “¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria” (Aut 233). Como misionero apostólico siente que Dios ha puesto la salvación de muchas almas en sus manos. Arde en deseos de salvarlas para Dios. Se siente su instrumento: “Cómo yo he escrito tantos y tan diversos libros, yo no lo sé. Vos lo sabéis, Dios mío; digo mal, sí lo sé. No soy yo quien ha escrito, sois Vos, sí, Vos sois, Dios mío, que os habéis servido de este miserable instrumento para esto, pues no tenía saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionabais todo. ¡Bendito seáis, Dios mío!” (Aut 324).

Todo lo hace para su gloria, como Jesús: “No buscaba su propia gloria, sino la de su Padre celestial. Todo lo hacía para cumplir con la voluntad de su Padre y para la salvación de las almas, que son sus queridas ovejas, que, como buen Pastor, dio por ellas la vida. ¡Oh Jesús mío! Dadme vuestra santísima gracia para que os imite fielmente en la práctica de todas estas virtudes. Vos bien sabéis que con Vos todo lo puedo, y sin Vos nada absolutamente” (Aut 436-437).

Trabaja para que Dios sea conocido por todos, para que le amen y le sirvan: “El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos” (Aut 202); “¡Oh Dios mío, quién pudiera hacer que nadie os ofendiese! Antes bien, ¡quién me diera el haceros conocer, amar y servir de todas (las) criaturas! Esta es la cosa única que deseo; lo demás no me merece la atención” (Aut 641). “En este mundo -llega a decir- uno ama a Dios si se complace en que Dios sea Dios y que sea amado y servido de todo el mundo y tiene pena que sea ofendido y agraviado” (EA, p. 529). Procura, sobre todo, dar siempre gusto a Dios, aunque deba privarse de algo: “Así, en primer lugar, procuré privarme de todo gusto para dárselo a Dios. Sin saber cómo, me sentí como obligado a cumplir lo que sólo era un propósito” (Aut 391). No quiere nada en este mundo sino la divina gracia de Dios: “¡Oh Dios mío! Yo no quiero nada de este mundo; no quiero más que vuestra divina gracia, vuestro santo amor y la gloria del cielo” (Aut 636).

Sus sentimientos hacia Dios expresan el tipo de relación personal que Claret vivió hacia su Padre. El primero es, sin duda, la gratitud. En varias oca-



siones le agradece sus dones: “¡Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con ese don, que es vuestro y no mío, pues conozco que de mí ni una palabra puedo decir, ni un pensamiento bueno puedo tener! Todo sea para vuestra gloria” (Aut 299); “¡Bendito seáis, Dios mío, por haberme dado salud y robustez y demás para sostener tan grande y continuo trabajo!” (Aut 305). Se ofrece a Él (cf. EA, p. 588), se siente hijo suyo (cf. EA, pp. 608, 610, 611), aunque pecador (cf. Aut 344-345). Experimenta impulsos a ser humilde ante Dios (cf. Aut 354). Su relación con Él llega a tal intimidad que lo

considera no sólo su Padre, sino “mi hermano, mi esposo, mi amigo y mi todo” (Aut 755). Hasta pide a Dios -en una oración apasionada y atrevida- que lo transustancie y se alimente con él: “¡Oh Padre mío!, tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos. Con las palabras de la consagración, la substancia del pan y vino se convierte en la substancia de vuestro cuerpo y sangre. ¡Ay Señor omnipotente! Consagradme, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos” (Aut 756).

Ejercicio 3: La experiencia de Claret

Nos separan 150 años de la experiencia de Claret. Si no la situamos en su contexto y hacemos un esfuerzo de profundización, corremos el riesgo de malinterpretar lo que él vivió o de creer que no tiene nada que ver con nosotros, que pertenece a una época superada. Este ejercicio pretende ayudarte a ir al núcleo de su experiencia a partir del texto de la llamada “Oración apostólica”.

1. Comienza escribiendo en tu cuaderno el texto completo de la oración que Claret transcribe en el número 233 de la Autobiografía:

“¡Oh Dios mío y Padre mío!,
haced que os conozca y que os haga conocer;
que os ame y os haga amar;
que os sirva y os haga servir;
que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas.
Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan,
que todos los justos perseveren en gracia
y todos consigamos la eterna gloria. Amén”

2. Con los cuatro verbos centrales (Conocer, Amar, Servir y Alabar) se forma el acróstico CASA. Esto te puede ayudar a recordar que para Claret “estar en las cosas del Padre” consiste básicamente en conocerlo, amarlo, servirlo, alabar y en hacer que todos puedan compartir esta misma experiencia. Por otra parte, estos cuatro verbos constituyen las cuatro columnas sobre las que se construye la Iglesia, la casa de la comunidad cristiana: Conocer (*Kerygma*), Amar (*Koinonía*), Servir (*Diakonia*), Alabar (*Leitourgia*).

3. Tómate un tiempo para reflexionar sobre estos verbos. Puedes responder por escrito a las siguientes preguntas o componer una oración a partir de cada una de ellas.

¿A través de qué experiencias has conocido a Dios en tu vida? ¿Cómo lo das a conocer a las personas de tu entorno?
¿Qué significa amarlo “con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”?
¿Qué significa para ti “servir” a Dios Padre? ¿Cómo se relaciona este servicio con tu entrega a la gente?
¿Te sientes espontáneamente impulsado a alabar a Dios? ¿Cómo son tus formas de alabanza?

¿Cómo podemos vivir los claretianos nuestra relación con Dios Padre?

En nuestras Constituciones se ofrece también con rasgos específicos esta experiencia claretiana de Dios Padre. Las Constituciones mencionan a Dios en 25 ocasiones, siempre en el sentido de Padre, más allá de los diversos modos como está expresado.

- **El Padre es** el que envía a su Hijo al mundo con una misión (cf. CC 3), es el Dios caridad (cf. CC 94). Es el Padre amoroso vivido por Claret. Es el Dios que nos elige (cf. CC 51) y nos consagra (cf. CC 5). Es Aquel a quien siempre debemos agradecer (cf. CC 49). Son muchas las referencias bíblicas que en las Constituciones nos hablan del Dios de Jesús. Porque Dios nos ha amado, debemos corresponder a su amor amándolo (cf. CC 10). El claretiano debe vivir esta unión con Dios armonizada con la acción apostólica: “Procure [el Maestro] que los Novicios lleguen a conseguir aquella unidad de la vida misionera en virtud de la cual quedan perfectamente integrados el espíritu de unión con Dios y la acción apostólica” (CC 68). Porque Dios nos ha consagrado por su Espíritu, nos consagramos públicamente a Él por medio de los votos (cf. CC 69). A Dios lo llamamos -como Jesús- “Abba, Padre”: “Tenemos que cultivar el Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: «Abbá, Padre». Guiados por la luz de la fe, busquemos en todos los acontecimientos

los signos de su voluntad y de este modo seremos cada día más dóciles a nuestra misión” (CC 34).

- La expresión **“cumplir la voluntad del Padre”** aparece, de modos diversos, 13 veces en las Constituciones. Esta voluntad es el proyecto de salvación. Nuestra comunidad se funda en tal voluntad: “La castidad que nosotros profesamos favorece una nueva comunión fraterna en Cristo y construye una comunidad que no se funda ni en la carne ni en la sangre, sino en la voluntad de Dios” (CC 21). De modo especial los superiores han de buscarla: “Ellos, por tanto, busquen ante todo la voluntad del Padre y después propónganla a los demás” (CC 30). Pero es una llamada dirigida a todos: “Busquemos en todos los acontecimientos los signos de su voluntad y de este modo seremos cada día más dóciles a nuestra misión” (CC 34). Está conectada con la búsqueda del Reino de Dios (cf. CC 24) que nosotros debemos anunciar a todo el mundo: “A nosotros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido también el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda creatura, yendo por el mundo entero” (CC 4). En esta tarea, que exige de nosotros fidelidad y fortaleza (cf. CC 46), somos auxiliares de los Pastores: “Hemos de ser en la Iglesia esforzados auxiliares de los Pastores en el ministerio de la palabra, empleando todos los medios que nos sean posibles



para extender por el mundo entero la Buena Nueva del Reino. Profesamos amor y obediencia, incluso en virtud del voto, al Supremo Pastor para bien de todo el Cuerpo de Cristo. En comunión con los Obispos y bajo su dirección pretendemos servir a la edificación e incremento de la Iglesia” (CC 6).

- Hemos de hacerlo todo para **la gloria de Dios**. La Congregación debe hacer que la gloria de Dios sea su objetivo principal: “El objeto de nuestra Congregación es buscar en todo la gloria de Dios, la santificación de sus miembros y la salvación de los hombres de todo el mundo según nuestro carisma misionero en la Iglesia” (CC 2); “No piensa sino cómo seguirá e imitará a Cristo en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres” (CC 9). Glorificamos a Dios si estamos dispuestos a dar la vida por Él: “Anuncien [los Misioneros Diáconos] a todos los hombres la Buena Nueva de Jesús, siguiéndole a Él, a fin de que, llenos de gracia y fortaleza, puedan dar eficaz testimonio de su gloria” (CC 81). El objetivo es claro: “Movidos por el celo apostólico y por el gozo del Espíritu, esforcémonos también nosotros, con todos nuestros medios y recursos, por conseguir que Dios sea conocido, amado y servido por todos” (CC 40). Son siempre los mismos rasgos que descubrimos en Claret.



Ejercicio 4: Comentario a las Constituciones

Este ejercicio tiene como objetivo profundizar en el significado que tiene para nosotros, los misioneros claretianos, la experiencia de Dios como Padre tal como se presenta en nuestras Constituciones.

1. Comienza leyendo detenidamente: CMF, *Nuestro Proyecto de Vida Misionera* (Comentario a las Constituciones), vol. I, Roma 1989, pp. 274-294. Si no tienes a mano este volumen, puedes acceder al texto a través de la web de la Fragua. Mientras lees, anota en tu cuaderno lo que te parezca más relevante para el momento que estás viviendo.

2. A continuación, responde por escrito a estas preguntas: ¿Creo que mi espiritualidad está orientada por las Constituciones? ¿Qué aspectos vivo con más intensidad? ¿En cuáles tendría que seguir profundizando?

¿Qué implicaciones tiene la experiencia *Patris Mei* hoy?

La experiencia *Patris Mei* posee resonancias profundas para todo claretiano que quiere encontrar la raíz de su vida y para el hombre contemporáneo, perdido con frecuencia en la superficialidad, carente de un fundamento sobre el que asentar su vida, receloso de los “grandes relatos” (religiosos, filosóficos, científicos), pero, al mismo tiempo, necesitado de solidez, de acogida incondicional, en búsqueda constante de trascendencia.

El *Patris Mei* acentúa algunos **contenidos esenciales del mensaje cristiano** que responden a desafíos del presente. Es, por tanto, una experiencia con fuertes implicaciones misioneras.

- Dios ha creado el mundo y a cada persona por amor. Dios es, como nos revela Jesús, el Padre al que podemos llamar Abbá. El ser humano no es, pues, un ente errático, producto del azar, esclavo de los determinismos genéticos o de las manipulaciones culturales, como aparece con frecuencia en una visión superficial de la realidad. El hombre es hijo amado por Dios y, por lo tanto, hermano de todos los hombres. Existe un origen de amor y un fin de amor.

- Dios es, tal como lo vive Claret, el Padre providente que no nos abandona a nuestra suerte, sino que cuida de nosotros (cf. *Lc 12,22-34*). Su voluntad es que todos los hombres sean salvados y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. *1 Tim 2,4*). Es un Dios que interviene en la historia haciendo de ella historia de salvación. No se desentiende de la obra de sus manos y, al mismo tiempo, no constituye un rival de la autonomía del hombre, como lo ha interpretado la cultura occidental de los últimos dos siglos. Dios ha hecho al ser humano vinculado a Él y, simultáneamente, creador: “La gloria del Dios es que el hombre viva; la vida del hombre es la visión de Dios” (*San Ireneo*).

- Lo que no emerge en la superficialidad de nuestras apreciaciones (porque Dios no es un problema empíricamente verificable), se descubre como Misterio en la profundidad de nuestro corazón. Dios no es Alguien que esté fuera, más allá de toda realidad. Es, más bien, como la raíz o el fundamento de todo cuanto existe. El hombre, pues, para realizarse a sí mismo desde cimientos sólidos,



no puede perderse entre las cosas banales, sino que debe comprobar que, “estando en las cosas del Padre”, es como se encuentra y se desarrolla. Entramos en relación con Él porque Él nos ama primero, incluso cuando lo ignoramos o lo rechazamos. Su amor es incondicional y por eso puede alentar nuestra madurez siempre amenazada.

De esta experiencia se derivan también algunas exigencias para nuestra vida y misión:

- El misionero, como Claret, se sabe hijo del Padre, **vive la experiencia de la filiación y desea cumplir su voluntad**. Su objetivo en la vida es trabajar para su gloria, para que Él sea conocido y amado (cf. Aut 233), para que los pecadores se conviertan a su amor. Esto se manifiesta en una espiritualidad profunda que no practica la fuga mundi, sino que escruta la presencia de Dios en las situaciones de los hombres, especialmente de los más necesitados de la Palabra. De aquí arranca nuestra oración misionera. Es la fuente para lograr la unidad de vida que necesitamos a fin de no perdernos en la superficialidad y la dispersión.



- También la **comunidad misionera se siente llamada a favorecer unas relaciones cada vez más profundas.** Éstas implican la aceptación incondicional del hermano, la comunicación franca, y también el ejercicio del ministerio de la Palabra para exhortar, corregir y ayudar. Todo esto se verá favorecido por un ambiente imprescindible de silencio y por una reducción de los ruidos y estímulos que favorecen la superficialidad. La comunidad es también una fragua donde se caldea el corazón y se prepara para relaciones cada vez más oblativas.

- La grandeza del ministerio de la Palabra y el nivel cultural de nuestra sociedad exigen que **en la formación se propicie un estudio serio, personalizado y compartido.** Este estudio, según nuestro carisma específico, implica el conocimiento profundo del *mensaje* (disciplinas bíblicas y teológicas), del *ser humano y de su situación* (disciplinas filosóficas y antropológicas) y de *los canales de transmisión* (ciencias de la comunicación y de la educación).

Ejercicio 5: Hermanos en el mismo Padre

El último ejercicio quiere ayudarte a poner en relación tu experiencia de Dios como Padre y tu compromiso misionero en el trabajo por la justicia, la paz, el cuidado de la creación, el diálogo ecuménico e interreligioso, etc. en todo lo que haces por salir de ti mismo y entrar en relación con otras personas.

1. ¿Qué textos de la Escritura te resultan más iluminadores a la hora de presentar la imagen cristiana de Dios? Haz una lista con ellos. Observa si hay alguna convergencia fundamental.
2. ¿Conoces otros textos de otras tradiciones religiosas que sean también significativos para ti?
3. A partir de tu experiencia de Dios como Padre, ¿cómo deberías ajustar tu manera de relacionarte con los que son diferentes a ti (por raza, color, género, orientación sexual, lengua, cultura, religión, etc.)? ¿Percibes en ti prejuicios de algún tipo?

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Ésta es la última reunión de la etapa *Patris Mei*. Puede tener un doble carácter: evaluativo y celebrativo. Para evitar repetir los esquemas utilizados en fases anteriores, se sugiere lo siguiente:

1. Que cada miembro prepare una **carta dirigida a la comunidad** en la que comparta lo que ha aprendido a lo largo del año y, sobre todo, lo que considera relevante para que la comunidad siga creciendo. En la reunión cada uno lee pausadamente su carta y entrega una copia firmada a los demás. No es necesario hacer ningún comentario ulterior.

2. **La celebración conclusiva puede estar abierta a algunas personas más próximas a la vida de la comunidad.** Se organiza en torno al *símbolo del fuego*. Puede consistir en la proclamación de algunos textos breves (tanto bíblicos como claretianos) en los que se aluda al fuego como símbolo de Dios o del amor. La comunidad responde con preces de acción de gracias y de petición. (También cabe servirse de los 9 cuadernos de trabajo de todo el año para evocar el camino recorrido).

4. Pistas para la “lectio divina”

Jueves 1 de noviembre de 2012. Solemnidad de Todos los Santos

- Ap 7,2-4.9-14
- Sal 23,1-6
- 1 Jn 3,1-3
- Mt 5,1-12a

Se nos acusa, a veces, a los cristianos de ir por la vida con un talante mesiánico. Queremos salvar a todos: a los pobres de su pobreza; a los pecadores de su pecado; a los no creyentes de su ateísmo. No hay esfuerzo creíble de salvación sin una experiencia gozosa de haber sido salvados. Los esfuerzos que no brotan de una sobreabundancia de felicidad suelen ser fruto del resentimiento o de la auto-suficiencia. No pueden, pues, ser expresión de evangelio, de buena nueva. ¡Menos salvadores y más salvados! ¡Menos luchadores y más santos! Éste parece ser el grito profético que resuena en un día como hoy.

Los santos que hoy conmemoramos no huyeron de la vida, sino que supieron descubrir en ella al Dios de la vida que no acaba. Por eso acercarse a ellos es contagiarse de ganas de vivir y de desvivirse. Los santos son nuestros mejores aliados para ir creando una “cultura de la vida” en las condiciones de muerte que, con frecuencia, tenemos que afrontar.

Viernes 2 de noviembre de 2012. Conmemoración de los Fieles Difuntos

- Jb 19,1.23-27a
- Sal 26
- Rm 5,5-11
- Jn 6,37-40

Confortados por la alegría de la fiesta de ayer, conmemoramos hoy a “todos los que nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz”. El recuerdo de los difuntos y la intercesión por ellos va más allá de una costumbre piadosa y loable. Nos confronta, una vez más, con el misterio insondable de nuestra propia muerte. A las personas las descubrimos en toda su hondura cuando ya no están físicamente con nosotros. La muerte tiene el poder de revelar lo más profundo de cada uno. Mientras vivimos estamos muy limitados por nuestras necesidades, por nuestros miedos y heridas. Al morir, podemos entregarnos plenamente. Se inaugura así una verdadera “comunidad de los santos”, como reconoce nuestra fe cristiana.

Sábado 3 de noviembre de 2012 (Cal, 431-436)

- Flp 1,18b-26
- Sal 41
- Lc 14,1.7-11

En el marco de una comida, Jesús propone una serie de consejos sobre las relaciones con los semejantes. La ocasión se la brindan las estratagemas que observa en los comensales para asegurarse los puestos privilegiados. Lo que Jesús señala es que el honor no viene del interés con que uno se lo busca, sino del aprecio de los demás. El fragmento termina con una máxima sapiencial en la que aparecen dos pasivos divinos (“será humillado”, “será exaltado”). Con ellos se está aludiendo a la acción de Dios, de quien proviene el verdadero honor, o la verdadera gloria.

Domingo 4 de noviembre de 2012. Domingo XXXI del Tiempo Ordinario

- Dt 6,2-6
- Sal 17
- Heb 7,23-28
- Mc 12,28-34

La respuesta de Jesús al escriba entronca con la mejor tradición judía y, al mismo tiempo, contiene algo de sorprendente. Conecta con la tradición porque se limita a citar dos textos clásicos de la Escritura: el de Dt 6,4-5 (proclamado en la primera lectura de hoy), referido al amor total a Dios y el de Lv 19,18, referido al amor al prójimo como a uno mismo. La sorpresa procede de la conexión que establece entre ambos, si bien la redacción de Marcos es sobria: se limita a colocar uno después del otro. Parece que salvo Filón nadie había puesto a la misma altura ambos mandamientos, si bien Marcos no afirma tajantemente que el segundo sea igual al primero.

Lunes 5 de noviembre de 2012 (Cal, 437-441)

- Flp 2,1-4
- Sal 130
- Lc 14,12-14

El monje italiano Enzo Bianchi ha escrito que “la primera manera de amar a otro es darle de comer”. Y añade: “Dar de comer a los demás significa: Yo quiero que tú vivas”. A lo largo de sus meses proféticos, Jesús hizo de la comida un lugar de encuentro y de buena nueva. Hay toda una cristología implícita en sus citas gastronómicas. Basta asomarse al evangelio de Lucas que estamos leyendo en los días feriales. Jesús aparece en él comiendo en la casa de Leví, en la del fariseo Simón, en la de Marta y Marfa, en la de Zaqueo. Cada comida es una verdadera revelación. Las comidas de Jesús inauguran el Reino, no simplemente por ser amigables, sino por estar abiertas, por explicar con el lenguaje de los signos lo que Dios hace con los que están excluidos de todas las mesas. No es extraño, pues, que en una ocasión uno de los comensales dijera: “¡Dichoso el que puede comer en el Reino de Dios!” (Lc 14,15).

Martes 6 de noviembre de 2012

- Flp 6,5-11
- Sal 21
- Lc 14,15-24

El sentido de la parábola del gran banquete parece claro: los que rechazan la invitación a participar en él, cuando ya todo está listo, quedarán excluidos. Se trata, pues, de una parábola conminatoria. Jesús quiere provocar a sus seguidores. Su objetivo es que acepten la invitación a participar en la novedad del Reino. La exclusión se debe no a él sino exclusivamente a la libre voluntad de los invitados. No hay que pasar por alto el doble envío con el que se concluye la parábola. El banquete se abre a nuevas personas: los marginados dentro del judaísmo (los que viven en las plazas y calles de la ciudad) y los paganos (los que viven por carreteras y caminos). Esta alegorización de la parábola encaja perfectamente con la concepción salvífica que recorre todo el evangelio de Lucas.

Miércoles 7 de noviembre de 2012

- Flp 2,12-18
- Sal 26
- Lc 14,25-33

El evangelio nos ofrece las palabras exageradas de Jesús. No estamos ante un hombre calculador, sino ante alguien que lleva todo al límite. Jesús valora la familia (ha vivido con María y José durante años), la amistad (tiene amigos de todas clases), el matrimonio (quiere que vuelva a ser como en el plan original de Dios). Pero él siempre va más allá. No hay ninguna realidad que le detenga. Por eso, pide a sus discípulos que renuncien a todo eso. Las tres exigencias que Jesús plantea a sus discípulos son: renuncia voluntaria a los vínculos afectivos con la familia, aceptación sincera de una renuncia al propio interés y renuncia a las posesiones materiales. Las expresiones usadas por Lucas son más radicales que las de Mateo. Lucas usa el verbo “odiar”. Pero no se trata de exigencias que haya que cumplir precipitadamente dejándose llevar por el entusiasmo. Exigen discernimiento.

Jueves 8 de noviembre de 2012

- Flp 3,3-8a
- Sal 104
- Lc 15,1-10

Las parábolas de la oveja y de la dracma (ambas perdidas y encontradas) pretenden ilustrar una enseñanza: la alegría de Dios por la conversión de los pecadores. Esta enseñanza, a su vez, refleja la conducta histórica de Jesús, que “recibe a los pecadores y come con ellos”. Se rompe así el esquema que relaciona la salvación con la observancia de la ley y que olvida que ésta es siempre un don de Dios.

La Fragua en la vida cotidiana es uno de los caminos a través del cual Dios sale a nuestro encuentro para que volvamos a casa. La “alegría de Dios” que Dios siente por nuestra vuelta es lo que más puede motivarnos.

Viernes 9 de noviembre de 2012. Fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán

- 1 Re 8,22-23.27-30
- Sal 94
- 1 Pe 2,4-9
- Jn 4,19-24

Los sinópticos sitúan la expulsión de los mercaderes del templo en la última semana de la vida de Jesús, momentos antes de su pasión. Juan, sin embargo, ha anticipado el relato al comienzo mismo de la actividad de Jesús por su carácter programático. Al evangelista le interesa mostrar desde el principio de su evangelio que con Jesús se inaugura un nuevo tipo de relación con Dios. Jesús reemplaza el antiguo templo y todo lo que él implicaba (la ley) por el templo que es él mismo. En efecto, sólo Jesús constituye el punto de encuentro entre Dios y los hombres. Lo que ahora se anticipa encontrará su culminación en la Pascua. La restauración del templo destruido (el triunfo sobre la muerte) permitirá el definitivo encuentro con Dios.

Sábado 10 de noviembre de 2012. Memoria de san León Magno, doctor

- Flp 3,17 – 4,1
- Sal 121
- Lc 16,1-8

En tiempos de Jesús, el administrador de un hombre rico (generalmente un terrateniente) era algo más que un encargado de los criados. Tenía poderes para hacer toda clase de transacciones: arrendar tierras, conceder créditos, liquidar deudas, llevar la contabilidad, etc. ¿Por qué elogia el amo al administrador? No por la falsificación de cuentas, que podía ir incluso contra la Torá, sino por su sagacidad para congraciarse con los deudores detrayendo de la deuda total la cantidad correspondiente a su comisión. El significado de la parábola no es, pues, una advertencia contra la maldad de los bienes materiales o una aprobación de una conducta irregular. Lo central es el elogio de la sagacidad de un gerente que, en una situación apurada, supo sacar partido de sus propias irregularidades. Así tiene que actuar el cristiano ante las exigencias del Reino.

Domingo 11 de noviembre de 2012. Domingo XXXII del Tiempo Ordinario

- 1 Re 17,10-16
- Sal 145
- Heb 9,24-28
- Mc 12,38-44

¡Ser auténticos! He aquí la actitud que Jesús quiere transmitir a sus discípulos al oponer la conducta de la pobre viuda a la de los fariseos. La mujer no finge. Vive una religiosidad del corazón. No busca quedar bien ante los hombres. Los fariseos, por el contrario, hacen de la religión una apariencia exterior: pasearse con ropajes, buscar ser saludados, ocupar los primeros puestos, devorar los bienes de las viudas y hacer largas oraciones para ser vistos. Estos cinco comportamientos tipifican una religiosidad puramente exterior que busca, sobre todo, el reconocimiento público. El elogio de la viuda acentúa la importancia de la autenticidad, del darse por completo. Se trata de una parábola transformada en una historia ejemplar.

Lunes 12 de noviembre de 2012. Memoria de san Josafat, obispo y mártir

- Tit 1,1-9
- Sal 23
- Lc 17,1-6

No escandalizar a los débiles, perdonar ilimitadamente, crecer en la fe. Son dinamismos imprescindibles para vivir en fraternidad cristiana. Son, al mismo tiempo, expresiones proféticas. Escandalizar significa poner piedras en el camino para que uno tropiece. Perdonar sin límite significa crear futuro, volver a creer: “Quien te cree te crea” (o te re-crea). El perdón no se reduce a momentos especiales de nuestra existencia. Es un estilo permanente de vida. Crecer en la fe es crecer en la confianza. La fuerza de la fe no se mide por la intransigencia de las convicciones sino por la capacidad para abandonarse en el Único que puede hacer de las piedras hijos de Abrahán.

Martes 13 de noviembre de 2012

- Tit 2,1-8. 11-14
- Sal 36
- Lc 17,7-10

Esta parábola es propia de Lucas. En el contexto del tercer evangelio, en el que con tanta claridad se presenta a Jesús como un profeta de la misericordia, la parábola parece indicarnos que quien se entrega al Reino debe hacerlo sin esperar nada a cambio. Pretende combatir la mentalidad legalista de quien siempre exige algo a cambio por los servicios que presta. Jesús quería contagiar a sus seguidores un talante nuevo. Lo que cuenta no es el premio sino la entrega a la causa del Reino. El discípulo, después de haber cumplido con su deber, debe considerarse un pobre criado.

Miércoles 14 de noviembre de 2012

- Tit 3,1-7
- Sal 22
- Lc 17,11-19

El objetivo del relato es mostrar el contraste entre el agradecimiento de uno solo (y encima samaritano) y la ingratitud de los otros nueve. El samaritano ha vuelto (se ha con-vertido) a dar gracias porque la fe le ha ayudado a ver. Esta parábola debería titularse “El samaritano agradecido” y no -como viene siendo tradicional- “La curación de los diez leprosos”. Lo decisivo no es el hecho de quedar curado sino el hecho de ver, el reconocer la curación como un signo de la salvación.

Jueves 15 de noviembre de 2012

- Flm 7-20
- Sal 145
- Lc 17,20-25

El evangelio ofrece hoy dos episodios unidos por Lucas: un diálogo entre Jesús y un grupo de fariseos acerca de la llegada del Reino de Dios, y una instrucción a los discípulos acerca de la llegada del Hijo del hombre. La respuesta de Jesús a los fariseos tiene un aire polémico, desmonta las expectativas falsas que tenían acerca de lo que era el Reino. Jesús rechaza las especulaciones inútiles sobre el cuándo. A continuación, ofrece la perspectiva correcta: “El Reino está dentro de vosotros”. La instrucción a los discípulos comienza advirtiéndoles que el día del Hijo del Hombre -en la respuesta a los fariseos se habla del Reino de Dios- no va a llegar tan pronto como los discípulos desean, ni tampoco de la manera como se lo imaginan.

Viernes 16 de noviembre de 2012

- 2 Jn 1,3-9
 - Sal 118
 - Lc 17,26-37
- Mediante un lenguaje de tipo apocalíptico, usando antítesis (uno-otro), Jesús quiere transmitir un mensaje de urgencia. Ante el Hijo del hombre que viene es preciso despertarse y tomar una opción. La referencia a los días de Noé y de Lot constituye una advertencia contra la dejadez de “esta generación”. El diluvio acabó con todos, excepto con Noé y su familia. El fuego y el azufre arrasaron Sodoma. Sólo se libraron Lot y su familia. Lo mismo sucederá el día de la manifestación del Hijo del Hombre. Por eso es preciso no dormirse, estar alerta.

Sábado 17 de noviembre de 2012. Memoria de santa Isabel de Hungría

- 3 Jn 5-8
 - Sal 111
 - Lc 18,1-8
- Hoy es el único día del año litúrgico en que se lee en la eucaristía un fragmento de la tercera carta de san Juan, que, junto con la segunda, constituye el escrito más breve del NT. El autor invita a proveer para el camino a los que se dedican al anuncio itinerante del evangelio. El mensaje de Jesús es claro. Si la insistencia de una viuda consigue que sus peticiones sean atendidas por un juez injusto, cuánto más logrará el discípulo con una oración confiada e insistente. La pregunta que cierra la perícopa es evidentemente retórica. Jesús quiere decir que el Hijo del Hombre no va a encontrar una fe como la de la viuda, a no ser que los discípulos hayan aprendido a orar siempre, sin desanimarse nunca.

Domingo 18 de noviembre de 2012. Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario

- Dn 12,1-3
 - Sal 15, 5.8.9-10.11
 - Heb 10,11-14.18
 - Mc 13,24-32
- El evangelio de hoy pretende responder a dos preguntas que todo discípulo se hace: ¿En qué consiste propiamente el final, el día del Señor? ¿Cuándo tendrá lugar? A la primera pregunta Jesús responde con imágenes procedentes de la tradición profética (cf. Is 13,10; 34,4) y apocalíptica (cf. Dn 7,13-14). El mensaje central es muy preciso. Lo que va a suceder al final es sencillamente el triunfo definitivo del Hijo del Hombre y de todos aquellos que le han permanecido fieles. Se trata, pues, de un mensaje de vida y de esperanza. A la pregunta por el cuándo, Jesús responde con una parábola, la de la higuera. Lo central es que sucederá (habrá un final), no cabe hacer previsiones ni cálculos, se requiere una vigilancia constante.

Lunes 19 de noviembre de 2012

- Ap 1,1-4; 2,1-5a
 - Sal 1
 - Lc 18,35-43
- Desde hoy hasta el final del año litúrgico iremos leyendo algunos fragmentos del último escrito de la Biblia: el libro del Apocalipsis. Se trata, sin duda, del escrito más enigmático del NT, pero también de uno de los más atrayentes. Quizá por eso, en momentos de turbulencias históricas o de grandes cambios, es utilizado como un libro del cual se extraen mensajes cifrados para interpretar esas situaciones. En su camino hacia Jerusalén, Jesús llega a Jericó. Antes de entrar en la ciudad (en el caso de Marcos y de Mateo el hecho se produce al salir de ella), encuentra a un hombre ciego sentado junto al camino. Este hombre le llama con la invocación “hijo de David” y pide compasión. Jesús le devuelve la vista. El suceso es ocasión para dar gloria a Dios.

Martes 20 de noviembre de 2012 (Cal, 449-453)

- Ap 3,1-6.14-22
 - Sal 14
 - Lc 19,1-10
- La escena se desarrolla en Jericó. Todo nace de la curiosidad y del deseo. Zaqueo, un hombre rico, “quería conocer a Jesús”. Hace lo que está en su mano para verlo: echa a correr, se sube a una higuera. Pero quien toma la iniciativa es Jesús, que se autoinvita a comer en casa de Zaqueo. La secuencia es similar a la de otros encuentros: gesto (“levantó los ojos”) y palabra (“Zaqueo, baja enseguida porque hoy tengo que alojarme en tu casa”). Es Jesús quien va al encuentro del otro, aunque éste sea publicano y rico. No hay fronteras para la misericordia. La clave la ofrece el mismo Jesús al final del relato: “El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”. El resultado es que Zaqueo empieza a compartir sus bienes con los pobres.

Miércoles 21 de noviembre de 2012. Memoria de la Presentación de la Virgen María

- Ap 4,1-11
- Sal 150
- Lc 19,11-28

La meta del camino -a la que ya nos aproximamos en el itinerario litúrgico- es Jerusalén, la ciudad en la que tendrá lugar la muerte en cruz: “Es necesario que hoy, mañana y al día siguiente vaya yo por mi camino, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc 13,33). El viaje, ciertamente, tiene un matiz misionero (Jesús atraviesa la región de los samaritanos y parece anticipar lo que en el libro de los Hechos será la misión de la Iglesia entre los otros pueblos), pero el motivo fundamental guarda relación con su muerte.

Jueves 22 de noviembre de 2012. Memoria de santa Cecilia, virgen y mártir

- Ap 5,1-10
- Sal 149
- Lc 19,41-44

Aunque algunos han calificado esta lamentación como un vaticinio “post eventu”, hay muchas probabilidades de que sea atribuible al Jesús histórico. Se ha querido ver en la referencia a la paz una alusión al nombre de la ciudad. Según algunas etimologías populares, Jerusalén significaría “ciudad de la paz”. El vaticinio de Jesús resulta paradójico. La que estaba llamada a ser símbolo de paz será escenario de devastaciones y de guerras. En el marco teológico de Lucas, si Jesús llora sobre Jerusalén es porque para Lucas existe una continuidad entre el judaísmo y el cristianismo. Jesús no ha venido a destruir el viejo pueblo sino a reconstruirlo. En el tercer evangelio no hay propiamente una entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén. El contacto con ella se establece a través de esta contemplación desde el monte de los Olivos.

Viernes 23 de noviembre de 2012

- Ap 10,8-11
- Sal 118
- Lc 19,45-48

En el evangelio se narra la expulsión de los vendedores del templo y la reacción de los dirigentes religiosos ante la enseñanza de Jesús. Es como si Jesús, antes de anunciar la buena nueva, hubiera necesitado purificar el templo. Esta predicación en Jerusalén tiene el mismo efecto programático que la que Jesús realizó en la sinagoga de Nazaret antes de su ministerio en Galilea (cf. Lc 4,14-15). Las posturas ante esta predicación se radicalizan: el pueblo está pendiente de su palabra mientras los dirigentes traman acabar con él.

Sábado 24 de noviembre de 2012. Memoria de san Andrés Dung-Lac y compañeros

- Ap 11,4-12
- Sal 143
- Lc 20,27-40

En controversia con los saduceos acerca de la resurrección de los muertos, Jesús habla del Dios de la tradición bíblica como un Dios de vivos, “porque para él todos están vivos”. La primera respuesta de Jesús insiste en presentar el matrimonio como una institución de “esta vida”, con el objetivo de propagarla. Pero en la “otra vida”, cuando ésta ya no tenga fin, no será necesario el matrimonio. En apoyo de su tesis Jesús añade un argumento del AT (cf Ex 3,2) sobre la resurrección, que Lucas convierte en argumento en favor de la inmortalidad.

Domingo 25 de noviembre de 2012. Solemnidad de Cristo Rey

- Dn 7,13-14
- Sal 92
- Ap 1,5-8
- Jn 18,33-37

Por dos veces le pregunta Pilato a Jesús si es rey. La estrategia de Jesús consiste en describir en qué no consiste su Reino, dejando que Pilato extraiga las consecuencias. Se encuentran, frente a frente, dos concepciones de la realeza. El Reino del que Jesús habla tiene que ver con la verdad, no con la dominación política. Jesús disipa en seguida los temores de Pilato acerca de un peligro político, pero va más lejos: reta a Pilato a que reconozca la verdad. Y éste, temeroso e indeciso, acaba plegándose a las conveniencias políticas antes que aceptarla. Pilato aparece aquí como el símbolo de quien intuye la verdad, pero no tiene el coraje suficiente para abrirse a ella.

Lunes 26 de noviembre de 2012

- Ap 14,1-5
 - Sal 23
 - Lc 21,1-4
- Se trata técnicamente de un apotegma biográfico del que pueden extraerse varias enseñanzas: a) Lo que mide verdaderamente un don no es la cantidad que se da, sino la que uno se reserva para sí; b) Lo que importa no es tanto la cantidad cuanto el espíritu con el que se da; c) El verdadero don es dar todo lo que uno tiene; d) Las ofrendas tienen que corresponderse con las posesiones. Parece que el acento de Jesús se centra en la primera. Al elogiar el comportamiento de la viuda, Jesús pretende, en el fondo, criticar la conducta de los líderes religiosos que utilizan la religión para lucrar.

Martes 27 de noviembre de 2012

- Ap 14,14-19
 - Sal 96
 - Lc 21,5-11
- Las palabras que Jesús pronuncia en el evangelio de hoy introducen el discurso escatológico de Lucas, con el que -al igual que Mateo y Marcos- concluye la predicación de Jesús en Jerusalén. El comienzo alude a la destrucción del templo que, en la tradición profética, es siempre consecuencia de la ruptura de la alianza por parte del pueblo (cf. Ez 10,18). Viene luego un mensaje de alerta sobre los signos que acompañarán el final. Hay algunos signos claramente engañosos: la aparición de falsos mesías, la indicación precisa del tiempo. Frente a estos signos, el mensaje de Lucas es neto: el fin no vendrá inmediatamente. De esta forma el evangelista pretendía corregir la fiebre mesiánica que dominaba en algunos sectores de las iglesias de su tiempo.

Miércoles 28 de noviembre de 2012

- Ap 15,1-4
 - Sal 97
 - Lc 21,12-19
- Tras hablar de los signos engañosos que acompañarán el final, el evangelio de hoy se refiere a los verdaderos signos. El principal es la persecución “por causa del nombre de Jesús”. También en este caso Lucas tiene un mensaje claro. Frente a la persecución no es necesario preparar la defensa. Jesús mismo -Marcos señala el Espíritu Santo- protegerá a su comunidad si se mantiene firme. De esta manera tendrá ocasión de “dar testimonio”. Esta expresión favorita de Lucas equivale a “predicar el evangelio”, usada por Marcos en el lugar paralelo.

Jueves 29 de noviembre de 2012

- Ap 18,1-2.21-23 ...
 - Sal 99
 - Lc 21,20-28
- Con el escenario dramático de la caída de Jerusalén, el evangelio quiere transmitir un claro mensaje de esperanza y de aliento: “Veréis al Hijo del hombre venir sobre una nube rodeado de poder y gloria”. Nada es comparable al triunfo del Cristo que, como la ciudad, será destruido, pero resurgirá triunfante. Por eso el cristiano, cada vez que experimenta la prueba, la destrucción, debe mantener la calma y la esperanza: “Levantaos, alzad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación”. En Jesús, Dios manifiesta que la historia nunca se le escapa de las manos.

Viernes 30 de noviembre de 2012. Fiesta de san Andrés, apóstol

- Rm 10,9-18
 - Sal 18
 - Mt 4,18-22
- El evangelio narra la llamada de los primeros discípulos según la versión de Mateo. El evangelista sitúa el relato antes de que Jesús comience a predicar el Reino. De esta manera los discípulos pueden ser testigos directos de ese anuncio e irse adiestrando para continuarlo después. La historia de Andrés y de los primeros discípulos es nuestra propia historia. Jesús aprovecha lo que somos y tenemos (“Eran pescadores”) para ponerlo al servicio de la misión (“Os haré pescadores de hombres”). Andrés y su hermano Simón “dejadas las redes, lo siguieron inmediatamente”. El juego de ruptura-adhesión marca también nuestra historia vocacional. ¿Qué fuerza domina más en este momento de tu vida?

Sábado 1 de diciembre de 2012

- Ap 22,1-7
 - Sal 94
 - Lc 21,34-36
- El evangelio remata también el discurso escatológico de Jesús antes de adentrarse en el relato de la pasión y la resurrección. Las palabras finales son una enérgica llamada a estar despiertos como el servidor que espera a cualquier hora la vuelta de su amo. De esta manera, con una actitud vigilante, el final no debe inspirar ningún temor. Al contrario, será el tiempo del encuentro definitivo con el Señor. Esta conclusión del “discurso escatológico” es peculiar de Lucas. Jesús invita a sus oyentes a no dejarse dominar por el vicio, la bebida o la preocupación del dinero. Estas ocupaciones no permiten estar vigilantes ante un acontecimiento universal (“caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra”). La verdadera actitud se condensa en la vigilancia y la oración constante.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: “Estar en las cosas del Padre” (Carlo M. Martini)

Vamos a reflexionar sobre los versículos 48-49 del capítulo 2 de Lucas, releýéndolos lentamente, intentando revivir las actitudes de María y escuchando la respuesta de Jesús, para pasar luego al momento de la meditación, que desarrollaremos haciéndonos una pregunta: ¿Por qué Jesús no dijo nada a sus padres?

Al verlo se quedaron extrañados y le dijo su madre:

— *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!*

Él les contesto:

— *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tenía que estar en las cosas de mi Padre? (vv. 48-49).*

1. El versículo 48 refiere el comportamiento de los padres y la pregunta de la madre.

a) Los padres, al ver a Jesús sentado en el templo en medio de los maestros, advirtiendo que su inteligencia era apreciada por todos, “se quedaron extrañados”.

Pero también a nosotros nos extraña esta reacción. Probablemente, si hubiéramos tenido nosotros que describir el episodio, nos habríamos inspirado en la expresión que usa el evangelista Mateo a propósito de los magos: “Ver la estrella les dio muchísima alegría” (Mt 2,10).

Lucas, por el contrario, no nos dice que se alegraran sus padres, sino que subraya su asombro con un verbo griego —*exēplāghesan*— que significa un enorme estupor, una profunda conmoción. Es generalmente el verbo que señala la reacción ante una enseñanza nueva, imprevisible, desconcertante de Jesús. Se utiliza, por ejemplo, a propósito de la gente de Cafarnaúm: “Jesús bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y los sábados enseñaba a la gente. Estaban asombrados de su enseñanza, porque hablaba con autoridad” (Lc 4,31-32). O bien, al final del sermón de la montaña: “Al terminar Jesús este discurso, estaba la gente asombrada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, no como sus letrados” (Mt 7,28-29). Y también en los Hechos de los Apóstoles, para indicar el efecto de la predicación y de la fuerza milagrosa de Pablo: “Entonces, al ver aquello (un adversario de Pablo que cayó en las tinieblas de la ceguera), creyó el procónsul, que estaba impresionado por la doctrina del Señor” (13,12).

Así pues, José y María se extrañaron porque, más allá del sentimiento lógico de alegría por haber encontrado al muchacho, captaron la extrañeza de la situación. Jesús, a los doce años, no se quedó en Jerusalén por descuido, por el gusto de pasearse entre la gente, ni tampoco para quedarse solo a orar. Es un misterio más profundo, un acontecimiento nuevo e imprevisto.

b) Entonces la madre expresa su dolor, su congoja: “Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros”, sin avisarnos, sin explicarnos nada? En el texto griego, “hijo” es el sustantivo *teknon*: hijo, “engendrado por mí”, aquel que yo he llevado en mi seno.

Interviene luego en la conversación la mención del padre: “¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!”, ¡y qué tortura interior sentíamos!”. El mismo término “angustia” es muy fuerte e indica un gran tormento. Lucas lo usará en el relato de Lázaro y del epulón para explicar la situación de éste en el infierno: “Padre Abrahán, ten piedad de mí; manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, que me atormentan estas llamas” (Lc 16,24). Esta palabra expresa un elemento afectivo muy fuerte, que captamos también en el saludo de Pablo a los ancianos de Éfeso: “Todos lloraban mucho y, abrazando a Pablo, lo besaban; lo que más pena les daba era lo que había dicho que no volverían a verlo” (Hch 20,38).

Así pues, la reacción de los padres es muy compleja: en primer lugar, es asombro ante una revelación divina; en segundo lugar, es una intensa carga de afectividad humana que tiene un doble valor: el amor al hijo y el sufrimiento por haberlo perdido; finalmente, es temor de haber sido indignos de la confianza que Dios había puesto en ellos, por no haber cuidado suficientemente del muchacho. Es muy grande el sufrimiento de María y de José al sentirse padres incapaces, ineptos para responder a su deber, a la confianza que Dios les había mostrado.

Resulta fácil comprender por qué se sintieron desconcertados y pronunciaron sólo palabras de angustia: durante tres días habían estado llorando, culpándose a sí mismos, acumulando una carga emotiva que explotó precisamente en el momento de ver de nuevo a su hijo.

2. El versículo 49 recoge la respuesta del muchacho. Después de haber intentado comprender los sentimientos de sus padres, esta respuesta nos parece todavía más nueva, más desconcertante, en parte incomprensible, pero luego, de hecho, revela el misterio de Dios.

En realidad, la respuesta no es una justificación, una excusa, sino una doble pregunta que pone de manifiesto un aspecto totalmente distinto del asunto, poniéndolo del revés:

a) ¿Por qué me buscabais? Enseguida nos vienen a la mente algunas asonancias: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» (Lc 24,5); «¡Qué torpes sois y que lentos para creer lo que anunciaron los profetas! No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?” (Lc 24,25-26).

Hay, pues, una búsqueda que es justa en sus raíces —por parte del amor—, pero que no va bien orientada, porque se basa en una falta de comprensión del misterio de Dios; o bien —como en el caso de los discípulos de Emaús— va acompañada de ansiedad, de un desconcierto que carece de sentido, porque Cristo, para entrar en la gloria, tenía que sufrir.

b) “¿No sabíais que yo tenía que estar en las cosas de mi Padre?” ¿Cómo es que no lo sabíais?

Tenía que: es un verbo muy importante para Lucas, porque ofrece la clave de la vida de Jesús; siempre que aparece, indica la necesidad histórico-salvífica por la cual el Hijo hace lo que hace. Sería interesante repasar todo el evangelio de Lucas subrayando los “tengo que”, “tiene que”, “tenía que”. Pensemos, por ejemplo, en el episodio de la gente que va a buscar a Jesús, que se ha retirado al desierto, y quieren retenerlo: «También a los otros pueblos tengo que anunciarles el reino de Dios; para eso me han enviado” (Lc 4,43). Y en otra ocasión: “Hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi viaje” (Lc 13,33). También es muy elocuente la afirmación que hace a Zaqueo: “Zaqueo, baja en seguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa”: lo exige el designio de Dios para tu salvación (Lc 19,5).

Y al aproximarse la pasión, después de haber anunciado a los discípulos lo que iba a suceder, Jesús dice: “Os digo que tiene que cumplirse en mí lo que está escrito: ‘Lo tuvieron por un criminal’. Pues, de hecho, lo que a mí se refiere toca a su fin” (Lc 22,37). Ya hemos recordado también las palabras a los discípulos de Emaús, que aparecen al final del evangelio de Lucas, cuando Jesús explica a sus discípulos: “A esto me refería cuando, estando todavía con vosotros, os dije que todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí tenía que cumplirse” (Lc 24,44).

Tenía que: comprendo que ésta es mi vocación de Hijo. La pregunta a María y a José pone, pues, de relieve esa necesidad histórico-salvífica que corresponde a la raíz profunda de la vocación de Jesús: he venido para esto; el Padre me ha enviado para esto; no aplastéis —diríamos nosotros— mi identidad. Porque Jesús tiene la inteligencia del proyecto di-

vino. La inteligencia que llenaba de asombro a cuantos lo escuchaban (cf. v.47) es la del designio de Dios, que se traduce en el “tengo que”.

3. Si reflexionamos atentamente, nos damos cuenta de que el primer “tengo que” de Jesús, la raíz de todas sus necesidades vocacionales y existenciales, es estar con el Padre: tengo que estar con el Padre. Juan, al comienzo de su evangelio, lo expresará de forma más contemplativa: “La Palabra estaba junto a Dios”.

El Padre es el secreto vocacional de Jesús, de donde se deriva toda su misión: del “tengo que” estar en las cosas del Padre nace el “tengo que” caminar hoy y mañana, el “tienen que” cumplirse en mí las Escrituras; todo eso “tenía que” suceder; “tengo que” predicar también a otras ciudades el reino de Dios...

En el evangelio de Lucas, Jesús, a los doce años, pronuncia por primera vez la palabra “Padre” para que María y José comprendan la raíz profunda de su vocación: la repetirá por última vez en la cruz, ya a punto de morir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46).

En el templo, pues, Jesús asumió y expresó la conciencia de su camino vocacional, que termina con la entrega definitiva al Padre en la cruz.

Os sugiero que repaséis otras menciones significativas de la presencia del Padre en la vida de Jesús, sobre todo en los momentos de sus opciones más duras y más difíciles. Que las repaséis en oración y en silencio, pidiéndole al Señor que os conceda penetrar en su misterio. Pienso especialmente en la invocación del huerto de Getsemaní: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; sin embargo, que no se realice mi designio, sino el tuyo” (Lc 22,42); en aquella exclamación de gozo: “Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien. Mi Padre me lo ha enseñado todo”, me lo ha entregado todo, y yo le entrego mi vida (Lc 10,21-22); en la promesa después de la resurrección: «Y ahora yo os voy a enviar lo que mi Padre tiene prometido” (Lc 24, 49).

“Jesús, tú has dicho que haces siempre lo que agrada al Padre; concédenos comprender que en el Padre está la paz definitiva de nuestra opción vocacional. Y tú, Padre, que me has creado en Jesús, que me has llenado de Espíritu Santo, que me amas, me juzgas, me conduces y me llevas de la mano, tú que has hecho alianza conmigo, haz que yo pueda confiarte mi vida, en la certeza de que eres tú mi vocación, como lo fuiste para Jesús”.

4. A la luz de las reflexiones que hemos hecho y de los demás pasajes evangélicos de Lucas, quizá podamos dar una respuesta a la pregunta exegética de la introducción: ¿cuál es el significado del versículo 49, “estar en las cosas de mi Padre”?

Está claro que estas palabras se refieren, ante todo, al templo, a la casa del Padre.

Si María y José hubieran comprendido el misterio de aquel muchacho, su vocación y su vida, al verlo desaparecer habrían debido saber que se encontraba en el templo.

Así pues, conocer a Jesús es conocer que él está donde está el Padre.

Sin embargo, si hubiera querido decir sólo eso, Lucas habría escrito: *en tó oíko tou Patrós mou*, en la casa de mi Padre. En realidad, no escribió *en tó oíko*, sino *en toís* (en las cosas), término vago que puede indicar también “la casa”.

Creo además que, si Jesús hubiera querido referirse solo al templo, habría hecho como Samuel: los padres se habrían vuelto a casa, y él se habría quedado en el templo, sirviendo al Señor noche y día. Pero lo cierto es que volvió a casa con ellos.

“Estar en las cosas de mi Padre” significa, pues, un modo de ser que lo acompaña a todas partes, que vale para el templo y para Nazaret, para la predicación en Galilea y en Judea, para su caminar por el lago de Genesaret y para la cruz, según las exigencias de la gloria del Padre.

“Estar en las cosas de mi Padre” es un modo de existir, es la identidad de Jesús; es la opción vocacional de fondo a la que estamos llamados nosotros, una opción previa a todas las demás.

Opción de fondo en la que podemos quedar completamente tranquilos: estar con Jesús y como él en las cosas del

Padre, en su voluntad, en su designio salvífico de amor a mí y a todos los hombres, estar con Jesús y como él junto al Padre, en su designio de amor a la humanidad, comprometerse en su aventura por la salvación de todos los hombres y mujeres del mundo.

Ésta es la decisión fundamental que tenéis que pedir como un don:

“Señor, concédenos estar con Jesús y como Jesús junto al Padre, en su voluntad, en su proyecto salvífico de amor a nosotros, a cada uno de los hombres, a toda la humanidad”.

Sin no tenemos la valentía de dar en concreto ciertos pasos, de fiarnos de Dios, de arriesgarnos por él, significaría que no estamos con Jesús junto al Padre.

En efecto, cualquier otra opción expresa los frutos de esa raíz profunda, de ese árbol que es Jesús, que es el árbol de la vida, de la cruz, de la resurrección, el árbol que crece a lo largo de los ríos de la Jerusalén celestial; cualquier opción muestra la verdad de esa raíz y el coraje de fiarse.

Anexo II: Circular “Testigos y Mensajeros del Dios de la Vida” (P. Josep Abella, 2006)

18. Ésta es la primera condición para construir un futuro lleno de vida: vivir entusiasmados por nuestra vocación misionera claretiana ¡Tantas veces se nos ha hablado del amor a la vocación! Aceptarla como un don precioso, asumirla como ese tesoro escondido por el que vale la pena venderlo todo, vivirla como un camino de realización personal que proyecta nuestra vida hacia Dios y hacia los hermanos y la hace fecunda y generadora de nueva vida, son aspectos fundamentales de ese amor por la vocación recibida. El último Capítulo General señalaba como una de las prioridades para el sexenio: “Asumimos como prioridad el cultivo de la propia vocación en fidelidad a nuestras raíces evangélicas y carismáticas, expresadas en las Constituciones” (PTV 48).

19. Entusiasmarse por la vocación claretiana significa asumir con gozo el proyecto de vida que nace de los valores

que la definen y que está expresado en las Constituciones. Creo que hemos de volver más frecuentemente a ese “libro de vida”. Da pena ver cómo, con demasiada frecuencia, queda como uno de los textos que estudiamos durante el noviciado, pero que no nos sigue acompañando de cerca el resto de nuestra vida. La Congregación, fiel a las orientaciones del Concilio Vaticano II, hizo un gran esfuerzo para integrar en el texto constitucional los elementos fundamentales de la experiencia espiritual y apostólica de San Antonio M. Claret y nos lo ofreció como un camino seguro para vivir el seguimiento de Jesús en la comunidad de evangelizadores a la que hemos sido llamados. Los tres volúmenes del Comentario a las Constituciones, publicados hace unos años bajo el título “Nuestro Proyecto de Vida Misionera”, nos permiten profundizar, desde una perspectiva teológica e histórica, la riqueza del texto constitucional y nos ayudan a asimilar sus contenidos de un modo más sistemático.



Los cuadernos de la etapa *Patris Mei* (2012)
han sido escritos por un grupo de claretianos de diferentes Organismos:

Gonzalo Fernández (Santiago), José María Vegas (Santiago), Alfredo Vargas (Perú-Bolivia), Paul Smyth (United Kingdom-Ireland), Jesu Doss (Chennai), Arnel Alcober (Philippines), Robert Omondi (East Nigeria), Perpetus Igbwe (East Nigeria), Mathew Vattamattam (Bangalore), Lawrence V. (Chennai), Juan Carlos Martos (Bética).

Han sido programados y revisados por el Equipo de la Fragua:

Gonzalo Fernández, Paul Smyth, Mathew Vattamattam,
Juan Carlos Martos, Jesu Doss, Marcos Garnica.

Traducciones:

Frank Burns, Chris Newman, Carlos Díaz Muñoz, Sid Ching, Francisco Carín,
Carmelo Astiz, José Ramón Sanz, Lorenzo Camarero, Art Gramaje,
Valentín Ramón, Jim Overend, James Curran.

Maquetación:

Rai Adormeo (France), Gonzalo Fernández (Santiago).

Impresión y distribución:

Claretian Publications (Bangalore, India).

contenidos



1. Introducción

3



2. Reflexión

5

- ¿Qué significa “estar en las cosas del Padre”?
- ¿Cómo vive Claret su relación con Dios Padre?
- ¿Cómo podemos vivir los claretianos nuestra relación con Dios Padre?
- ¿Qué implicaciones tiene la experiencia “Patris Mei” hoy?



3. Sugerencias para la reunión comunitaria

16



4. Pistas para la “lectio divina”

17



5. Textos para profundizar

23

- “Estar en las cosas del Padre”
- Circular “Testigos y Mensajeros del Dios de la Vida” (P. Josep Abella, 2006)

La Fragua en la Vida Cotidiana

PATRIS MEI - 2012

“

“Lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a [la] que siempre he sido muy aficionado. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía” (Claret)